

EJERCICIO EN HONOR

DE LAS INSIGNIAS

Del Sagrado Corazón de Jesús,

por

GABINO CHAVEZ.

PRESTIBERO.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

BX2157

Ch38

C. 1

HERNANDEZ,

ENCICLOPEDIA DE LA BIBLIOTECA

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BX2157

Ch38

C.1



1080024768

# EJERCICIO

EN HONOR

DE LAS INSIGNIAS

## DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

POR

*Galina Chávez, Presbítera.*



QUERÉTARO.

IMPRESA DE LUCIANO FRIAS Y SOTO,  
Calle de la Flor-baja núm. 12.

1892.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

DIRECCION GENERAL DE BIENESTAR

Bx 2157

Ch 38



Es propiedad y no se puede reimprimir sin permiso del autor.

FONDO EDITORIAL  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

125302



V. Señor abrirás mis labios.  
R. Y mi boca anunciará tu alabanza.  
V. Dios mío entiende en mi ayuda.  
R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.  
Gloria al Padre, etc.

## ACTO DE CONTRICION.

**A**DORABLE Redentor mío, que de la Magdalena dijisteis habersele perdonado mucho, porque había amado mucho: ¡quién pudiera amarnos con amor ardentísimo á fin de obtener el perdón de mis gravísimos pecados! ¡Quién pudiera tener un corazón fino, tierno y generoso, que solo palpitase de amor por vos, y se encendiese cada día en mayores ar-

dores, y lograrse ver extinguidas en vuestras santas llamas todas sus culpas pasadas, con sus presentes faltas y sus tristes infidelidades! Yo, Señor, nada puedo sin vos, pero vuestro dulce Corazón todo lo puede: su cruz me dice, que sufre con paciencia el peso de mis pecados, porque me ama; su corazón me indica, que aunque lo he coronado de espiuas, siempre me ama; su herida testifica, que si yo traspaso ingratamente el sacrosanto costado, él quiere abrimme y tenerme siempre patente un asilo seguro donde refugiarme de las iras del Padre; sus llamas me muestran cómo vino á traer fuego á la tierra, y nada desea tanto como que se encienda en los corazones, y se propague por todo el universo. Perdonadme, pues, Señor, por vuestra cruz, la pesadez de mis iniquidades, mis impaciencias, flojedad y negligencias; por vuestra punzante corona, perdonad los pensamientos indignos con que he clavado vuestro Corazón, y las punzantes palabras con que haya herido á mis hermanos; por vuestra profunda herida, curad las heridas de mi alma, y perdonad las que haya hecho á mi prójimo con mis injusticias; por vuestras ardientes llamas, perdonad la tibieza de mi fe, y encended en su fuego mi pobre corazón.

Limpiadme, Jesús mío, purificadme, consumid las manchas de mis culpas con los ardores de vuestro amor, y mandadme ahora todas las penas y todos los castigos, con tal que me libreis de la espantosa desgracia de ofenderos, y de la inmensa desdicha de perderos eternamente. Amén.

### INVOCACION.

Corazón de Jesús, que quisisteis aparecer á los ojos de los hombres, en estos últimos siglos, con cuatro insignias misteriosas, que nos mostrasen vuestro amor y vuestros dolores, y que nos iniciasen en los misterios de vuestra ternura infinita para con nosotros; dejadnos acercar llenos de amor y de respeto á este signo sagrado, permitidnos tomar algunas lecciones en esa escuela soberana, sacar aguas de gracia de esa fuente saludable é introducirnos á esa morada celestial siempre abierta á nuestro refugio. Dadnos luz para distinguir los divinos arcanos que encierra vuestro Corazón adorable, que vos mismo quisisteis se pintase con sus conmovedoras insignias. Y que nuestro entendimiento mas y mas os conozca, y nuestro corazón mas y mas os ame, y nuestra alma mas

y mas con vos se estreche, ¡oh amor mío, y mi único Bien para siempre! Amén.

—  
PRIMER DIA.

Lleva sobre sí el pecado del mundo.—(Joan, 1. 29.)

¡Cuánto me admiro, y me complazco, oh Jesús, dulce dueño de mi alma! cuánto me consuelo, cuando me pongo á venerar vuestro Corazón divinísimo, al considerar que vos mismo nos lo habeis dado á conocer por vuestra sierva Margarita, haciendo de nuevo, ahora que estais en el cielo, el oficio de maestro que tan bien practicásteis en la tierra! Todo, todo lo habeis dispuesto vos por vos mismo: las prácticas con que habíais de ser honrado, el día de cada mes que os había de ser consagrado; el día de cada año, en que debía de celebrarse una fiesta en honor de vuestro Corazón adorable, y en fin, hasta el modo y la traza con que se había de pintar, rodeado y penetrado de insignias admirables, emblemas de dolor y de amor, signos prodigiosos de donde deberíamos sacar rayos vivos de luz para nuestra mente, y fuentes copiosas de gracias para nuestro corazón.

Gracias, Señor, por tan grande bondad y por tanta fineza! Haced que sepamos aprovecharnos de ellas, y merecer las copiosas bendiciones que teneis prometidas á los amantes de vuestro Corazón, y aun á las imagenes que nos le representan. Mas decidme, Amado y Señor mío: ¿qué nos indica la cruz que carga vuestro santísimo y amante Corazón? Porque la cruz es llevada sobre los hombros, y el corazón parece muy estrecha base para alzarla, y muy débil entraña para soportar su peso sin ser despedazado..... Mas ya entiendo, Jesús mío, que el llevar la cruz sobre vuestro Corazón, quiere decirnos: que cuando la llevásteis unas horas sobre los hombros, en el camino del Calvario, ya la habíais llevado treinta y tres años en el alma; desde el primer instante de la Encarnación, *se os propuso el gozar, y escogisteis el padecer*, desde la primera palpitación de vuestro Corazón adorable en el seno de Maria, vuestra Madre, ya habíais dicho: *heme aquí que vengo para hacer ¡oh Dios mío! vuestra voluntad*, y bien sabíais que esa voluntad era, que redimiéseis con vuestra sangre al género humano, y á ella fuisteis obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Así, Dios mío y amor mío, la cruz estuvo en vuestro Cora-

zón desde el momento en que fué formado: la cruz fué vuestra expectación gozosa, vuestro deseo incesante, vuestra delicia suspirada; podemos decir que cuando la llevásteis á cuestras desde el Pretorio, no hicísteis mas que trasladarla á vuestros hombros lastimados, arrancándola del Corazón ardiente, ó por mejor decir, la llevásteis por fuera sin dejarla por dentro, para mostrar el indecible amor que le teníais. Y ahora, Señor, nos la mostráis también sobre el Corazón, como para decirnos, que aun allá en el cielo, donde estais inmortal, impasible y glorioso, no le habeis perdido el amor y el cariño, y os preciáis de ella, como de las llagas que en ella recibisteis.

Mas ¡cuántas cosas me enseña, oh Corazón divino, vuestra cruz! Enséñame que para ser discípulo del Salvador, no debo rehusar tomar la cruz, y que debo ir en vuestro seguimiento; que no debo llevarla con caimiento, con fastidio y con tristeza, y vuelta al suelo la cara como quien lleva un peso á las espaldas, sino mirando al cielo, sirviendo al Señor con alegría, y mostrando á todos la suavidad de su yugo y la ligereza de su carga; que no debo huir la cruz, sino buscarla, ó al menos recibirla gustoso cuando venga; que

no debo mirarla con horror ni aborrecerla, sino llevarla con amor y regocijo; que no he de pretender dejarla ni arrojarla, sino llevarla al corazón siempre clavada, donde no pueda entrar ninguna mano á arrancarla. La cruz me enseña también, que si quiero amar de veras á Jesucristo, si quiero unirme á EL, si quiero poseerle, debo también amar su cruz y estrecharme con ella, pues de su Sagrado Corazón es inseparable. ¡Oh mi Jesús, y cuán lejos estoy de seguir estas santas lecciones! cuán poco dispuesto me he hallado á practicarlas! Huyo de la cruz como de un árbol maligno, siendo ella el verdadero árbol de la vida: quiero segueros con Pedro y Santiago hasta el Tabor, pero no con María vuestra Madre y con Juan hasta el Calvario; quiero estrechar mi corazón contra el vuestro, pero me espantan los brazos de la cruz que enarbola, y temo lastimarme á su contacto: si no soy enemigo declarado de la cruz como aquellos de los que habla vuestro Apóstol, tampoco soy de sus francos y leales amigos. Toda pena me asusta, toda tribulación me abate, todo sufrimiento se me hace insoportable. Remediadme, Salvador mio; que el amor que yo tengo á vuestro santo Corazón y que vos mismo me habeis dado, me ha-

ga amar igualmente á la cruz que sostiene, y que parece formar con él un solo cuerpo. Hacedme llevar con paciencia las cruces de la vida, para gozar en la gloria de las delicias que allí difunde vuestro Corazón adorable. Amén.

*Se rezarán tres credos, y al fin de cada uno la siguiente*

### Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, con la cruz atormentado,

R. Haz que el mio, con la cruz sea aligerado.

—

## SEGUNDO DIA.

Mirad al Rey Salomón con la diadema con que su madre lo coronó en el día de su desposorio, y de la alegría de su corazón.—(Cantic. III. II.)

Ya vengo hoy á miraros, Rey mío y Señor mío, con esa preciosa diadema que como una corona, rodea, no solo ya vuestra cabeza, sino vuestro divino Corazón. Mas si la corona es señal de realeza; ¿por qué no osten-

tais una diadema de esplendor y de gloria, ó al menos una corona de oro y de piedras preciosas? Si así las poneis, Señor, en la cabeza de los santos, vuestros siervos, ¡cuánto mejor y mas preciosa no le conviene á vuestro deífico Corazón!..... Mas ¡qué digo, dulcísimo dueño de mi alma! ¡qué humanamente discurro! ¿No sois Vos quien en vida no quisisteis llamaros Rey, pues que huísteis y os escondisteis de las turbas conmovidas que como Rey pretendian aclamaros, y que no obstante, en el día de vuestra muerte confesais ante Pilato vuestro reinado, y queréis que aparezca, á pesar de la mala voluntad de los fariseos, hasta en la inscripción de vuestra cruz? ¿No sois vos quien quisisteis mostraros Rey de veras, y revestir las insignias reales, cuando vuestros verdugos os saludaban y os trataban como á Rey de burlas? Sí, adorado Redentor mío; no quisisteis ser Rey terreno, porque vuestro reino no es de este mundo; sois por naturaleza Rey inmortal de los siglos á quien se debe honor y gloria; sois Rey de los reyes, y Señor de los señores; el Señor, á quien dijo el Señor, vuestro Padre: *siéntate á mi derecha, mientras voy poniendo á tus enemigos por escabel de tus pies;* pero queríais ser también Rey de dolor y de

amor, y por eso llevais la cruz como cetro, y la corona de espinas como diadema de la dignidad real: quereis ser el Rey de los corazones, y por eso llevais en vuestro Corazón las insignias reales. Ya desde el instante de la Encarnación, os habia coronado María, vuestra Madre Inmaculada, con la humana naturaleza, como con una blanca diadema, y ese fué el día de vuestros desposorios, pues á la divinidad se unió en vínculo indisoluble la humanidad, y ese fué el día de la alegría de vuestro Corazón, que escogió una esposa tan tiernamente amada. Mas como no solo la amásteis, sino que os entregásteis á Vos mismo por ella, y os entregásteis á la prisión y á las cárceles, á los azotes y á las espinas, á los verdugos y á la cruz, por eso sois un Rey, no solo de amor, sino de dolor, y por eso os conviene muy bién esa corona, que con su verdor indica la lozanía de vuestro amor, y con sus agudas espinas vuestros punzantes dolores. María os coronó con diadema de amor, y nosotros con diadema de dolor: ella os rodea de una corona blanca y pura, y nosotros os cercamos de agudísimas puntas de ingratitudeces y pecados: ella es la Madre del hermoso amor, y nosotros somos los hijos de vuestras penas y dolores..... Reinad pues,

oh Corazón real, sobre nuestros pobres corazones: reinad por vuestro amor y ternura sobre nosotros; pero reinad también por vuestros dolores y tormentos: haced que participando de esa corona que os rodea, no solo sintamos la frescura de sus ramas, sino también las punzadas de sus espinas: dadnos á conocer que el padecer por el amado es la mayor prueba de amor que puede darse, y que debiamos andar gozosos y reputarnos dichosos, como los sagrados Apóstoles, cuando fuésemos dignos de padecer contumelias ante las reuniones de los hombres por vuestro santo nombre.

Haced que en estos tiempos en que la impiedad y la persecución os coronan de nuevo de espinas en vuestro cuerpo místico, no queramos nosotros vuestros hijos, andar coronados de rosas: que nos enamoremos de esas espinas, que con el contacto de vuestro Corazón se truecan para nosotros en suavísimas rosas, y destilan de sus puntas el bálsamo aliviador de vuestra sangre. Que vuestra corona preciosa, símbolo de lucha y de victoria, pues vencísteis al pecado y á la muerte, y al demonio y al infierno, nos ayude á triunfar de nuestros terribles enemigos; que vuestra corona, de sacerdote y de pbn-

tífice, pero llena de espinas, porque también sois víctima del sacrificio, nos enseñe á sacrificararnos á nosotros mismos y á ofrecernos como un holocausto, inmolado con el cuchillo de las persecuciones y quemado en el fuego de vuestro amor.

Que vuestra corona triunfal y gloriosa, nos lleve algún día á aquel reino dichosísimo, donde las amarguras se trocarán en suavidad, y las penas en delicias, y los llantos en sonrisas, y las espinas de la vida presente, en las flores inmarcesibles de la gloria. Amén.

*Se rezarán tres credos, y al fin de cada uno la siguiente*

### Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús de espinas coronado,

R. Haz que el mío, con tu corona sea ensalzado.

### TERCER DIA.

Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza.

—(Joan, XIX, 34.)

¿Por qué no dijo el Evangelista, que el soldado hirió ó atravesó vuestro costado, sino

advierde que lo abrió? usó de esta despierta palabra, como dice vuestro siervo Agustino, para mostrar grandes misterios; pues esa herida, que penetrando hasta el Corazón, también le abrió, es como la puerta de la vida, antes cerrada, y desde entonces patente á todos los que quisieren entrar por ella. Sí, dulce Jesús mío, dos dichosas puertas nos abrió aquella lanza: la puerta exterior en vuestro sacratísimo costado, y la puerta interior y secreta en vuestro amantísimo Corazón: la una, que es como la gran puerta del atrio del templo, por donde entra la multitud, la otra, puerta de la mas íntima habitación, donde penetran los amigos mas queridos. Mas no solo vuestro divino Corazón nos fué abierto como el palacio de la vida, sino también como una fuente de cristalinas aguas. Las fuentes solian estar cerradas y aun selladas; pero esta fuente es la que estaba anunciada por un Profeta cuando decía: *habrá una fuente patente en la casa de Jacob, para ablución de los pecados y de las manchas* (1), patente y no cerrada, patente y no escondida ni secreta, para poder tomar todos de sus aguas, y refrigerar la sed de nuestras almas, y limpiar

(1) Zach. XIII. 1.

las culpas y pecados, y regar los áridos terrenos de nuestros corazones. Vuestra herida está también abierta, porque vos sois, oh Corazón divino, el arca real que contiene todos los tesoros del cielo. Vos sois, como dice vuestro Apóstol, *el heredero riquísimo del Padre*, porque todos sus tesoros y riquezas os pertenecen, y no las quereis tener reservadas ni escondidas, sino que queriendo comunicarlas á los hombres vuestros hermanos, dispusisteis que la lanza del soldado, como una llave maestra, nos abriese el arca sagrada de vuestro pecho, y el arca mas guardada de vuestro Corazón, para que podamos facilmente enriquecernos, y hacernos dueños de las riquezas inefables que contiene; y no menos puedo decir que vuestro Corazón, en el huerto de vuestro pecho, se entreabrió como una rosa nacarada, cuyo aroma hace correr tras de Vos á las almas amantes, que encuentran en ella, con el suave olor de vuestros ejemplos la miel de vuestros celestiales consuelos. Y á esa rosa rubicunda se acercaba vuestro siervo Bernardo, y con entusiasmo la saludaba, y le entonaba dulces himnos, diciéndole inflamado: *¡salve blanda abertura, mas que la rosa nacarada; salve, oh encanto de las almas; salve, oh saludable medicina!*

Mas ¿qué queríais vos, significar, Dios mío, cuando invitábais á la esposa de los cánticos diciéndole: *levántate, amiga mía, hermosa mía, paloma mía, y ven: en las hendeduras de la piedra, en la caverna del cercado, muéstrame tu semblante y haz resonar tu voz en mis oídos, porque dulce es tu voz y agraciado tu semblante?* (Cántic. II. 13. 14.

¿Cuáles son esas hendeduras de la piedra, y esa caverna del cercado, en las cuales su voz os parece tan suave, y tan hermoso su semblante? Vuestro Apóstol nos lo declara cuando dice, que *«la piedra era Cristo,»* y así comprendemos que las hendeduras de esa piedra son las heridas de los pies y de las manos, y la caverna del cercado, es la llaga del costado abierta entre los huesos que se pueden contar todos, como pueden contarse las piedras de un cercado. Y pues cuando el alma deja oír su voz en esa maravillosa caverna, su acento os es dulce, y cuando allí á pedir os se presenta, su semblante os es hermoso; y pues deseais tanto que os pida, que la invitais á ello con tan amorosas palabras, dejad, Señor, que mi pobre alma, como paloma extraviada, venga á este nido de amor, á haceros oír sus quejas y gemidos. Léjos estoy de la vida, Jesús mío, dejadme entrar por

esa puerta abierta á encontrarla en su plenitud; manchada estoy y súcia con mis culpas y pecados: permitidme acudir á esa fuente de aguas vivas para lavarme y purificarme; pobre me encuentro de buenas obras, escasa de méritos, y vacía de virtudes: concededme el que me acerque á esa arca tan colmada, para remediar mi indigencia y enriquecer mi pobreza; hedionda está mi alma con el mal olor de sus iniquidades y miserias; consentid que me acerque á esa rosa rubicunda, á respirar su purísimo aroma que me embalsame, y á libar su nectar delicioso que me dulcifique; vagabunda camino, sin hallar la dicha que busco por todas partes, y sin tener en que reposar mis inquietos deseos: dejad que unida á vos, y perdida en el dulce nido de vuestro abierto Corazón, pueda cantar agradecida: *¡Oh y cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor de las virtudes, ansia y desfallece mi alma en los atrios del Señor; porque el pajarillo ha encontrado una guarida, y un nido la pobre tórtola donde poner sus polluelos. Vuestros altares, oh Dios de las virtudes, Rey mío y Dios mío! (Psal. 83.)* Sí, Jesús mío; porque en los altares está la Eucaristía, y en ella estáis vos todo entero, y en ella vuestro amante Corazón. El sea mi morada, mi asilo y

mi refugio en el tiempo y en la eternidad. Amén.

*Se rezarán tres credos, y al fin de cada uno la siguiente*

### Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por la lanza traspasado,

R. Quede en el tuyo, el mio, purificado.

HW.

### CUARTO DIA.

Fuera del horno derramábase la llama.—(Dan. III. 47.)

Aquellas llamas que sobre el horno de Babilonia se extendían, y que por dentro llenaban de alegría á los tres niños y los recreaban con admirable suavidad, simbolo son de las llamas, dulce Jesús mío, que veo arder sobre vuestro Corazón, horno ardiente de caridad, que devora á los que se le acercan, y conforta y recrea dulcemente á los que entran á su seno. Vos mismo dijisteis que habíais venido á traer fuego á la tierra, y que nada queríais como que se encendiese. Paréceme,

Señor, que vuestro Corazón es como la antorcha ardiendo, con la cual vais pegando ese fuego divino, y encendiendo á las almas y prendiendo en los corazones. En otro tiempo pedía á Dios el profeta David que tomase venganza de sus enemigos, arrojándolos como el viento una paja delgada, y devorándolos como el fuego que abraza las selvas y como las llamas que prenden en los montes y consumen su verdor y sus pastos. (Psalm. 82 15.) Tal quería que fuese la prontitud y lo terrible de su castigo, como una tempestad de ira que los sumergiera. Mas entonces era la ley del temor, publicada entre truenos y rayos; mas ahora, en la ley del amor, con otro fuego seguís vos á vuestros enemigos: con otras llamas muy distintas correis á abrasarlos: en otra tempestad, no de ira, sino de misericordia y de perdón, pretendéis anegarlos; con esas llamas color de oro encendido que lleváis en vuestro Corazón, como con una tea causadora de celestes incendios, vais pegando fuego á las selvas y á los montes, es decir, á la multitud de almas sencillas, al común de los fieles que arden en la devoción á vuestro Corazón adorable, y que por su número incontable son como los árboles de las selvas; y á los montes, que son

las almas fervorosas y elevadas, que como más altas y á vos más cercanas, participan mucho más de vuestros divinos ardores. Pedro, calentándose á las llamas en el atrio del Pontífice, perdió el calor del corazón, y friamente os negó por tres veces, porque las llamas del mundo, si encienden las malas pasiones, y excitan los perversos deseos é inflaman la concupiscencia, al mismo tiempo hielan el corazón para las cosas divinas, y nos preparan horribles caídas; mas el alma que se acerca á calentarse en vuestras llamas divinas, ¡oh ardentísimo Corazón! enfríase para las cosas de la tierra, pero enciéndose en deseos celestiales, tiéplase como el hierro al convertirse en acero, haciéndose fuerte para el sufrimiento, resistente al peso de las penas y flexible para ser trabajada por vuestras manos poderosas. En ese doble haz de llamas que salen de vuestro santo Corazón, se encienden las almas en el doble fuego de la caridad para con Dios y para con el prójimo, y ardiendo en esa flama, admiran á los hombres y aun á los ángeles con el espectáculo de sus virtudes. En esas llamas se inflamaba Bernardo, que exhalaba no menos fuego que dulzura con sus palabras; en esas llamas se abrazaba Francisco de Sales, apren-

diendo á hacer amar la devoción en los palacios, y escribiendo la historia y los progresos del amor divino; á la luz de esas llamas aprendía Teresa de Jesús la doctrina celestial que reboza en sus libros; al contacto de esas llamas se consumía la Bienaventurada Margarita, la fiel discípula, la tierna amante, y la ardorosa promotora del culto y devoción de vuestro Corazón adorable. Dejad que yo también me acerque hacia esas llamas, dulce amor de mi vida, permitid que descalzándome con respeto, de los terrenales afectos, me acerque, como Moisés, á contemplar esa visión misteriosa: aplicad á mi pecho esa antorcha sagrada para que su fuego penetre el interior de mi alma: haced que ese faro de luz eterna, alumbre mi camino y me dirija en el mar tempestuoso de la vida, y permitidme que entrando devotamente en ese horno de rebozantes llamas, entone como los tres jóvenes hebreos, el himno de amor y gratitud, invitando á las criaturas todas del cielo, y de la tierra á bendeciros y alabaros por los siglos. Sí, Dios mío y Señor mío, que esas llamas me vigoricen y me enciendan; que su fulgor me encamine y me guíe: que sus soberanos ardores purifiquen las asquerosas manchas de mi alma; que su calor derrita el

duro hielo de mi corazón, y que trasformándose en vos algún día, como el hierro en el fuego, logre llegar á unirme con vos eternamente, en las felices mansiones de la gloria. Amén.

*Se rezarán tres credos, y al fin de cada uno la siguiente*

### Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por mí abrazado,

R. Haz que en tus llamas quede el mio inflamado.

### ORACION FINAL.

Corazón adorable de Jesús mi Salvador, peana celeste de la sagrada Cruz; Rey de los corazones, cercado con una corona de dolor y de amor; dulce morada de las almas amantes, que en vuestra honda herida gustan haceros oír la voz de su dolor y arrepentimiento; horno encendido en divinas llamas que vuelan por de fuera, como para mostrar cuánto deseais comunicarnos vuestros sagrados fuegos; á vos me acojo para aprender á llevar la cruz de mis trabajos, plantándola con amor en medio de mi corazón como un

arbol fructuoso; para curar las llagas de mis culpas con la sangre que destila de vuestra herida, para sujetar y ligar mis desordenados apetitos, con la punzante corona que os circunda, y para inflamar mi tibio corazón con las llamas que el vuestro despide. ¡Oh y qué bueno es estar aquí Dios mío! No necesito fabricar ni un tabernáculo, porque sois vos el tabernáculo, no hecho de mano de hombres, tabernáculo donde la misma divinidad está encerrada, y en el cual se encuentran, por lo mismo, las delicias de la gloria. Que en vos viva yo siempre, amor mío, que en vos muera, y en vos eternamente more! Amén.

### PLEGARIA.

Corazón que sostienes  
De la cruz la opresión,  
La mía á llevar enséñame  
Con fiel resignación.

R. *Te amo, dulce amor mío,  
Con todo el corazón.*

### II

Corazón circundado  
De espínas de aflicción,  
Hazme sentir punzadas  
De amarga compasión.

R. *Te amo, dulce amor mío,  
Con todo el corazón.*

### III

Corazón que ha entreabierto  
La lanza del sayón,  
Mostrándome arca y fuente,  
Nido, rosa y mansión.

R. *Te amo, dulce amor mío,  
Con todo el corazón.*

### IV

Corazón todo llamas,  
Dulce y santa visión,  
Que enciendes á las almas  
Que te amen con pasión.

R. *Te amo, dulce amor mío,  
Con todo el corazón.*



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

157